

antes hechando mano à aquel instrumento de corcho, que se ha dicho arriba, se dava continuos, y fieros golpes en el pecho, haít a bañar el fuelo con la mucha sangre que derramava. El Pueblo, entre tanto, dando voces, pedia paz, y misericordia; y fue tal el horror de este espectáculo, que no pudiendo tolerar su atrocidad dos personas; que entre otras estavan presentes, cayeron de su estado, à violencia de vn mortal delmayo, que les oprimió el coraçon. Y despues de todo esto: Quien lo creyera? No se entenció, ni movió aquel obstinado hombre, mas que si fuera vn rilco empedernido, ò duro peñalco. Quando el pobre Padre, bañado en su propia sangre, perdida ya la esperanza de ganarle, se vistió de nuevo para irle, y dexarle en su obliuacion. Levantó entonces todo el Pueblo nuevas voces, rogando al Padre, que no abandonasse aquella alma; y hecha Oracion, se vió por fin obligado el demonio, mal de su agrado, à ceder, y dexar à quien tenia tan aprisionado en los lazos de vna passion desreglada; pues estando ya el Padre Señeri, para baxarle del Altar, de repente le fue al encuentro aquel miserable, y tomándole por la mano, se la apretó por señal de que consentia à todo lo que avia pedido: Llegóse despues con muchas lagrimas, à adorar los pies enclavados en la Cruz de el Santo Christo, pidiendo perdon à todos, de los escandalos, que con su mala vida avia causado; y todo el Pueblo correspondió con actos de regozijo, y alegria, dando devotas, y repetidas gracias al Señor, por victoria tan señalada.

Muy semejante à este, fue otro caso, que sucedió en la Diocesi de Parma. Avia muchas vezes empleado su autoridad, y zelo el Illustrissimo Señor Obispo Nembrini, para disponer por si mismo à vn hombre, en orden à que se reconciliasse, y perdonasse à vno, que alevosamente avia muerto à vn hermano suyo; pero avian sido siempre sin provecho alguno estas diligencias caritativas. El Padre Señeri, le hizo llamar à la presencia del mismo Prelado, y despues de muchas palabras, y razones, le preguntó: *Qué satisfacion queria?* Respondió à la pregunta el mal hombre: *No quiero otra, que lavar mis manos en la sangre de mi enemigo. Bien está, dixo el Padre Señeri, pues que esto quieres, aquí tienes ocasión, lava tus manos en mi sangre; porque yo me declaro por tu enemigo capital, mientras tu prosigas en ser rebelde à Dios.* Y en diciendo esto, se descubrió el pecho, empezando à herirse con aquel sacrilimo instrumento, proseguia, repitiendo: *Lava tus manos en esta mi sangre, que yo no dexaré de derramarla, hasta*

que

que tu te bartes. Apenas avia entre los circunstantes, quien no llorasse, y no exclamasse: *No mas Padre, no mas.* Solo aquel hombre, mas fiero que vn Tigre, se resistia quedandose inmóvil, y parece que se alegrava; y complacia de tan horroroso espectáculo: Quando herido de repente en el alma de la mano poderosa de Dios: *Parad, dixo, Padre, que yo despongo todo mi enojo, y odio en las Sacratissimas Lagas de Jeshu Christo Crucificado, y le prometo de todo coraçon, vna paz verdadera, y eterna.*

Acabará este parrafo, con las mismas palabras de vn Sacerdote de Placencia, que refiere el caso siguiente. Afirmo (dize con juramento) que Francisco Mantegari, mi Padre, ha dicho muchas vezes, que aviendo se resistido algunos Señores de Compiano à reconciliarle con sus contrarios, despues de averlos exortado el Padre Señeri, se observó, que el mismo Padre, la noche siguiente se disciplinava en su aposento, y se oyó, que acotando estava platicando con otro, el qual le respondia, aunque mi Padre sabia por muy cierto, que no avia entrado nadie en aquel retiro, y la mañana siguiente, concluyó felizmente el Padre Señeri la paz, y concordia entre los sobredichos Señores. Hásta aqui el Clerigo y yo dexo al juicio del prudente Lector, el dár à estas palabras el sentido, que mas conveniente le pareciere.

§. XXV.

Mucho mayor dificultad, parece, que encontró el Padre Señeri, en regular, y reprimir los impetus furiosos en sus venganças, de las mugeres, por ser estas mas tenaces, y sañagrientas en sus coleras, que los hombres, segun el Oraculo de la Divina Escritura: *Non est ira super iram mulieris.* Con todo esto, tambien de estas, con la virtud, que le dava Dios, alcanzó muchas vezes gloriosas victorias. En la Diocesi de Bressá, entre dos principales Familias, con el sequito de toda la parentela, por vna, y otra parte, se avia encendido, con coraçon de algunas graves peladumbres, vna mortal enemidad; la qual creció en lo sumo despues de la muerte, que dió vno de los dos bandos à vn marcebo Noble. La madre del moço, que era viuda, de espíritu altivo, y de natural muy brioto, é inclinada à la vengança; no pensava en otra cosa; que en el tragos, y ruinas; muertes, y precipicios, echando por todas partes centellas de ira, para encender

G 4

mas

mas el fuego de la enemistad. Vn dia, pues, de la Mision, dispuso Dios por su infinita piedad, que esta Señora se hallase presente, à vn Sermon del Padre Señeri, en el qual, muy del caso, platicava de la paz: Oyólo la muger, y quedó tan compungida, que en el mismo dia, cortejada de todo su sequito, se fue espontaneamente à la casa del que avia muerto à su hijo, y le ofreció el perdón, con admiracion, y gozo extraordinario, de todos los que antes la avian visto encendida en colera, pedir, y solicitar la vengança, y muerte del agresor. A poco espacio de tiempo, acudieron à su casa varios parientes suyos, y no mucho despues los del matador, conducido este por su mismo Padre, que hechando à su hijo vna foga al cuello, le oprimió, y mandando hincarse la rodilla delante de la muger ofendida: *Veis aqui, dixo, à vuestros pies, y señora, mi hijo arrepentido, y humillado. Haced de él lo que mas fuere de vuestro agrado, en satisfacion de vuestro hijo muerto.* La piadosa señora, movida con la vista de tanta humillacion, corrió luego à quitarle la foga del cuello, y levantandole del suelo, le abraçò tiernamente, diciendo: *Este será de aqui en adelante en lugar de mi hijo muerto.* Todos juntos salieron de la casa, y derramando tiernas lagrimas de contento, fueron à la Iglesia: para confirmar la paz à los pies del Santo Christo, que adoraron humildes, y reverentes, en testimonio de vna perpetua, y perfecta confederacion, y todo el Pueblo la celebrò con repique de Campanas, y con el canto alegre del *Te Deum Laudamus.*

A otra señora de noble linage, le mataron tambien à vn hijo muy querido, prendió la justicia al homicida, y la muger furiosa, como vna Leona à quien hurtaron sus cachoros, tres vezes fue en persona à los Juezes, y haziendo instancia por si misma, à que por mano del Verdugo, se diese muerte afrentosa al reo, y fuesse hecho quartos, como merecia su delito. Oyendo, pues ella, que ya se acercava el Padre Señeri con la Mision, determinò partirse del Lugar; pero se vió obligada à bolver por algunos intereses de su casa, y entendiendo que todavia morava el Padre en el Lugar, se retirò à vna Aldea, algo lexos de la residencia, que tenia la Mision. Rogaronla vnas personas muy zelosas, que à lo menos por vna vez acudiesse à vn solo Sermon, y à fuerza de instancias, que passaron à importunacion, alcançaron que fuesse à oírle, aunque de muy mala gana. Mas, o fuesse accidente, ó arte del demonio, que sentia mucho el perder aquella alma, apenas se avia comen-

cado.

cado el Sermon, se levantò vn recio temporal, y tomandó ocasion de este accidental contra tiempo, acontecido muy à medida de lo que deseava, se partió con el mismo odio, y con la misma passion. Acabado el Sermon, refiriendo al Padre lo que avia sucedido, y lleno de vn ardiente zelo, de ganar para Dios aquella alma, que concebía del todo perdida, de la manera que se hallava, fatigado sobre manera del inmediato trabajo, y ardiente fervor con que avia predicado à vn numeroso auditorio, despidiendo por todos los poros de su cuerpo, copioso sudor; descalço, desciendose actualmente las nuves en agua, que inundavan los caminos, se partió àzia à aquella Aldea, y despues de vna milla de viaje trabajosísimo, llegó empapado en sudor, y en agua, que traspasando hasta el vestido interior, avia penetrado à las carnes. Resistióse por buen rato la muger à los ruegos, y exhortaciones eficaces del Padre, hasta que arrojandose à sus pies, multiplicando con ternura afectuosa sus persuasiones, y lagrimas la convenció, e induxo à vn generoso perdón de sus agravios.

§. XXVI.

DE peor condicion fueron otras mugeres, las quales en tiempo de la Mision, por no verse obligadas à perdonar, estavan retiradas en sus casas, à puertas, y ventanas cerradas, fingiendo con este encerramiento simulado, que avian salido del Lugar, y que estavan en otro Pais. Pero la caridad mañosa del Padre, hallava traza de penetrar aquellos escondrijos, y à fuerza de su eloquentísimo zelo, apagandoles en sus coraçones las llamas de la ira, las reduzia à la manedumbre de corderas. Tal vez, con solo mandarlas que se hincasen de rodillas, otras vezes, con ponerlas tan solamente su mano sobre la cabeça, las convirtió, y santificò, de tal modo, que brollando todavia fresca sangre las llagas, y no aviendo aun enterrado los cadaveres, tenidos en su propia sangre de los hijos, combidavan las madres à su propia meta à los homicidas, y no se hartavan de besar aquella misma mano, que les avia quitado la vida, quando dió muerte atroz à sus hijos.

Semejantes casos acontecieron al Padre Señeri à millares, y es fuerza omitirlos por la brevedad, y por no caular molestia à los Lectores. Lo que mas deve estimarse, y admirarse, lo han reparado muchos, es, que de tantas pazes, que el mismo concluyo, no

46

se ha sabido, que ninguna de ellas se aya quebrantado, perfeccionando todas en su primera firmeza: efecto sin duda muy singular del grande espíritu, con que se establecieron, y de la Divina Misericordia, que concurría a ellas con especialidad. Sin embargo, no podemos negar, sin hazer agravio a la verdad, y averle hallado personas tan obstinadas, aunque muy pocas, que tenazmente se resistieron a las exhortaciones, y a la sangre derramada del Padre, sin querer nunca admitir la paz: pero estas recibían de ordinario de la Divina Justicia el pago correspondiente a su obstinacion.

A vno en particular, con quien avia el Padre exercitado, en vano, todos los esfuerzos, de su magnanimo fervor, le dixo al dexarle: *Vete infeliz, que nunca tendrás bien en toda tu vida.* Así fue, porque dentro de poco tiempo perdió el miserable el juicio, y andando por algun tiempo perdido finalmente, fue hallado muerto cerca de vn Vallado, en vn Lugar del Parmesano.

Y en el Ginovezado, vn mozo, que nunca quiso perdonar a su enemigo, despues de algunos dias, se embarco para llevar de vn Lugar a otro vnas mercaderias; pero apenas se avia apartado el barco de la ribera, quando se bolcó, y el desdichado se ahogó, muriendo ahogado, sin poderle socorrer.

§. XXVII.

A Demás de las Pazés, que entre tantos enemistados estableció, con tanta firmeza, como a venas visto: vno de los frutos mas considerables de las Misiones del Padre Señeri fue deterrar el juego de los naypes; y quien sabe los gravísimos daños, que se originan deste vicio, principalmente entre la gente pobre, quantos escandalos, quantos engaños, quantos hurtos, quantas blasfemias, quantos perjuros, quantas riñas, pendencias, y aun homicidios, formará el concepto devido, y la importancia grande de esta Apostólica diligencia. Quando en el último dia de la Misión, se arrojaván al fuego canastas enteras de naypes, se oyó de repente en el ayre vn espantoso trueno, que le tuvo, en común persuasión de todos, por manifestado señal, del grande enojo, que tenía el demonio, porque se le destruía vn instrumento de tantos pecados.

En acabando el Padre vn Sermon, se le presentó a vista de

de todo el Pueblo, vn hombre con vna baraja de naypes en la mano, y dixo en voz alta: *Estos malditos naypes han sido la discordia de mi casa, la ruina de mis pobres hijos, y no quiera Dios, que sean tambien la condenacion de mi alma.* Y proliuado deste modo, con actos de gran dolor, que compungieron a todos.

Otro jugador era vna ciego de vna loca, y desatinada passion a los naypes, y todo lo vendia para el juego; blasfemava como vn Moro, y pagava sus pérdidas la pobre muger, a quien apaleava tan cruelmente, que a fuerça de verse tan maltratada, y ofendida, agenciava por todos caminos el divorcio, y separacion de su marido. Este desdichado no se rindió tan presto a las cariñosas amonestaciones del Padre, antes dezía, que apreciava mas vivir sin hacienda, sin muger, sin hijos, sin quietud, ni sosiego, y aun morir sin confesion, que dexar el juego. El Padre Señeri, compadecido de la locura del hombre, con invencible paciencia, no cesó por algunos dias de exortarle, hasta que abrió el infeliz los ojos, conoció su mal estado, se arrepinió de sus pasados errores, y entregó los naypes, con prometa absoluta, y eficaz resolucion de nunca mas tocarles: Pidió tambien en publico vn indulto general de todo lo que avia ganado a los hijos de familia, y con esto fue admitido al uso de los Santos Sacramentos. Y se conoció claramente la especial providencia, con que Dios le miró, queriendo misericordiosamente salvar su alma, porque despues de quinze dias cayendo enfermo, dió fin dichosamente a su vida, como se puede esperar, de quien acabó con tan buena disposicion, y proposito. Este vicio, pues, origen de tantos males, desfarraygo de tal suerte el Padre Señeri, que en muchos países, los que tenían el estanco de los naypes, pretendieron no pagar mas a sus Principes la pensión, ó arrendamiento concertado. En vna feria del Modenés, se dixo publicamente, que quien huviera querido comprar por vn doblon vna baraja de naypes, no la avria hallado: Y en la Ciudad de Ancona, estubo por muchos años sin poderse arrendar vna huertecilla, donde solian juntarse los jugadores de los naypes.



§. XXVIII.

Fruito tambien muy considerable de estas fervorosas Misiones, fue quitar el abuso de las coplas, y canciones profanas, que suelen comunicarse facilmente, y inficionar la juventud, introduciendo en su lugar cantos sagrados. Esto alcanço el Padre Señeri, por medio de aquellas coplas Espirituales, de quien se dixo arriba, en el parrafo doze, las quales hizo imprimir el Padre, que con su gran zelo estudiava todas las Artes posibles para traer almas à Dios. Distribuyeronse, pues, tantas de estas, que ademas de las muchísimas, que davan los Padres de valde, vn moço seglar dezia, que por si solo avia vendido de ellas, casi quinze mil. Estas coplas, aunque de muchos versos, las tomavan casi todos de memoria, y las cantavan con grande fiesta, las mugeres estando à la caldera de la seda, à los telares, en la era del trigo, al conducir el ganado al pasto, y en las demás labores de su condicion. Cantavanlas tambien los hombres, y muchachos en las casas, y por las calles, en los caminos, y por los campos, y desta manera se imprimian en el coraçon aquellas verdades tan importantes, que ni avian aprehendido, ni aun huvieran pensado. Añadele à todo lo dicho la frecuencia, que introduxo, de los Santos Sacramentos, y el uso de tantos ejercicios de piedad, por los quales quedavan santificadas las Diócesis enteras, y muy divertas en todo de lo que eran antes. Y no se imagine nadic, que fuese esto vn torrente, que luego se passa, ò vn fuego de paja, que en va momento se apaga; antes fue vn fruto muy permanente con especialidad, donde avia Curas zelosos, que tenian el cuydado deuido de guardar bien sus ovejas. En muchos Lugares se reparó, que algunos años despues de la Mision, perseverava todavia el Pueblo en Comulgar todos los meses vna vez.

Esta devocion introduxo el Padre Señeri, por ser tan útil para las almas, y tan grata à Dios; y esto era el pago, que en recompensa de sus trabajos, pedia el Padre à los Pueblos, de Comulgar cada mes. Los dias de las Fiestas solemnes, que se profanavan antes con glotonerías, y bayles, ya se celebravan con devotas Proceßiones, y con otros ejercicios de piedad. Todos los Domingos en lugar de los juegos, se juntava el Pueblo en las Iglesias à cantar Vísperas, y por la noche concurría à la disciplina. Y à

Esca de este tan saludable exercicio de penitencia, notese con passo, como Dios quiso casi siempre servirle con modo tan extraordinario, de la edad mas tierna, para instrumento de su Gloria: pues por relaciones fidedignas, se ha labido, que en muchos Países, vn tropel de muchachos juntandose entre si, perseveraron por algun tiempo, no solo en los dias de Fiesta, sino tambien de trabajo, en ir en Proceßion, disciplinandose en las ospaldas desnudas, y no por juego, como lo hazen los niños, sino con tanta seriedad, y fervor, que tenian las carnes estragadas de los açotes; y no batavan sus Padres à detenerles, ni de otro modo podian contentarles, que proveyendoles de instrumentos de penitencia, y dezarles à la libre disposicion de aquel Señor, que de esta fuerte los guiava para exemplo de los demás. Pues à quien no admiran semejantes acciones, en fugetos à quien horroriza la vista sola de vnas disciplinas! Despues de todo esto, no puedo omitir lo que afirma va el Padre Pinamonti, Compañero del Padre Señeri, es à saber, que aviendo el mismo buelto à algunos Lugares, quatro años despues de la Mision, oyó en publico confessorio algunas personas, las quales, aunque envejecidas antes en la brutal costumbre de muchas torpezas, desde el tiempo de la Mision, hasta entonces, se avian apartado de fuerte, que nunca mas avian reincidido, de que quedò sumamente consolado el dicho Padre.

§. XXIX.

Esparciendose, pues, por todas partes, la fama de estos frutos tan estimables, no ay que admirarle, de que concurríessen los Pueblos en tanto numero à la Mision, y que acabada ya en sus tierras, acudíessen à otros Lugares, aunque distantes, para hallarle presentes à otra. Tampoco se ha de admirar, que todos descaessen con tantas ansias, y pudiesen toda su diligencia para que la Mision llegasse à sus tierras. En este particular, se esmerò mucho el Lugar de la Roca, del Obispado de Bertinoro, en la Romaña; el qual despues de repetidas suplicas, que por sus embiados hizo al Eminentísimo Señor Cardenal Rosseti; al mismo Padre Señeri, entendiendo que no avia de lograr su intento, ordenó vna solemne Proceßion de penitencia, formando devotas rogativas; teniendo patente en su Igle-

fia el Divinísimo Sacramento, à este vnico fin de alcanzar de Dios aquella gracia, que por medio de los hombres parecia tan difícil de conseguir.

De hecho se vió obligado el Padre Señeri à mudar de designio, y seguir la voz de Dios, que allá le llamava. Ya estava bien entrado el Invierno, y aquel País, por estar muy cerca de los Apenninos, cubierto ya de nieves, y hielos; con todo esto, partió el Padre, penetrando caminos tan trabajosos, y se hizo vna Mision tan provechosa, como avia sido deseada, con singularísimo gozo del Pueblo, que sin cansarle jamás, siguió al Padre en todos sus exercicios, venciendo el fervor de su caridad, los fieros rigores del Invierno.

§. XXX.

PERO à dezir la verdad, es forçoso confessar, que este gran concurso, y vniversal aplauso; y este amor, y inclinacion tan singular, que tenían los Pueblos à las Misiones del Padre Señeri, tuvo otra causa superior, y mas elevada, y no fue solo el fruto copioso, que en ellas se experimentava; sino vna especial liberalidad, y propiciacion del Señor, el qual quiso, por su suma bondad, bolver los ojos de su clemencia, azia los imponderables trabajos, é inmensas fátigas, que con incansable aplicacion, y animo generoso, abraçava de su voluntad el zelo infatigable de ganar almas, de que se llenase el Paraíso, del Padre Señeri. Cooperando el divino poder con especial providencia, con los anelos de su siervo, mostrando en sucesos prodigiosos, quanto le agradava, y quanto se complacia, en los fervorosos exercicios de este sagrado ministerio. Mas proleto, que, los casos que tengo aora de referir, los quales parece son superiores al orden natural, todos los atestiguan personas sumamente dignas de fee, y los han depuesto con juramento en manos de publico Escrivano, de quien tengo yo en mi poder las escrituras originales.

Don Pelegrino de Ollio, Retor de la Iglesia de la Virgen Santísima de los Dolores, en la Diocesi de Regio de Lombardia, cuenta el caso siguiente. En el mes de Mayo de 1678. avia llegado à aquella Comarca el Padre Señeri para hazer la Mision, y porque mucho Pueblo venia de lexos cansado, y sediento, movido à compasion, y piedad el Retor, dió orden à vno de sus Feli-

gre-

gres, por nombre Juan Belpoliti, que de vna candiota, la qual tenia siete, ó ocho barriles de Vino, diese à beber graciosa, y caritativamente à todos los que lo pidiesen. Así se hizo, y con suma liberalidad, desde el primer dia de la Mision, hasta el fin de ella, se distribuyó el Vino à millares de personas; por lo qual (dize el sobredicho Retor) es cierto, avia de quedar muchos dias antes, segun los que acudian, del todo vazia la candiota, aunque huviese tenido no solamente siete, ó ocho, sino veinte, y treinta barriles: con todo esto, acabada ya la Mision, se halló fuera de toda expectacion, antes con admiracion de los que lo mancejaron, y distribuyeron, aver sobrado considerable cantidad de Vino en la vasija.

Este caso (añade el mismo Retor, y lo afirma con juramento) causó à todos grandísima novedad, y particularmente al sobredicho Juan, por cuyas manos inmediatamente se avia distribuido el Vino; y yo, alombrado mas que todos, reconozco en este caso milagrolo la infinita bondad, y misericordia de Dios, que deste modo quitó animar à los Pueblos, para que concurriesen à tan fervorosas Misiones, las quales obravan siempre conversiones admirables, reformas de costumbres, pazes, y otros infinitos frutos.

Quando los jugadores, determinados de apartarse deste vicio, llevaban al Padre Señeri los naypes, que avian de entregarle à las llamas, sola, para memoria de sus buenos propósitos, darles vna Medalla bendita por el Sumo Pontífice, que tenia Indulgencia Plenaria, para el articulo de la muerte; pero les advertia, que mirasen no bolviesen de ninguna manera al juego, porque en tal caso perderian sin duda la Medalla. Esta que no era sino amenaza, parece aver sido Profecía, porque atestiguan muchísimos, que bolviendo al juego perdieron de hecho, sin saber como, la Medalla, no obstante el tenerla en grande estimacion, y muy bien guardada. Jura entre otros, vn Sacerdote, que para asegurar mejor la Medalla, la cosió en la pretina de los calçones, y con todo esto, porque vna sola vez bolvió al juego de los naypes, nunca mas la halló, aunque entera la pretina, y sin señal alguna de rotura.

(S)

§. XXXI

§. XXXI.

NO es creible, quantas trazas, y esfuerços usó el enemigo infernal, para estorvar los exercicios de la Mision, y lo huviera sin duda logrado, si la poderosa mano de Dios, no se huviera casi siempre opuesto à la defensa, quebrantando sus fuerças, y oprimiendo su orgullo. Todos los casos, pues, deste parrafo, los deponen con juramento vn Sacerdote, que se halló presente à todos.

En la tierra de Ozola en Lombardia, luego que se comenzó el Sermon, se desprendió, sin saber como, de vna muralla vna piedra muy grande, la qual rodando por varias partes, y entre el numerosísimo auditorio: finalmente, por sí misma se deshizo en muchos pedazos. Todos à esta vista davan voces, y como fuera de sí por el espanto, corrían sin saber donde: Entonces, parandose por vn rato el Padre Señeri: *Querria, dixo, el de momo, estorvar vn bien tan grande; pero si el perro puede ladrar, no puede morder.* A estas voces, como baxadas del Cielo, se fosegó luego aquel bullicio, y prosiguió el Padre su Sermon, sin que nadie huviese recebido daño alguno..

En Santa Victoria, Lugar no muy distante de la Ciudad de Termo, se avia de comenzar en la Plaça, vno de los acostumbrados exercicios de la Mision; y porque la gran muchedumbre del Pueblo, no cabia en la plaça, aunque bastantemente capaz, muchas subieron sobre los techados de las casas del contorno. Con esta ocasion, sin advertirlo, ni poderlo evitar los que las movían, cayeron de arriba muchas piedras, cada vna de las quales pesava cerca de ocho libras; y quando se tenia por cierto, que se avia de seguir algun notable daño, en tanto Pueblo tan estrechamente amontonado, contiguos con apretura vnos à otros, con todo esto no hubo quien quedasse ofendido en nada, ni sucedió la menor desgracia. Avia en el Mantuano vn barranco de doze brazas de ancho, y casi veinte de hondo, el qual servia de cauce, por donde defaguavan, en sus avenidas furiosas las lluvias; y aviendo de passar el Pueblo, por aquella parte, para acudir à los exercicios de la Mision, se dispuso de prestado vna puente fabricada de bigas, y tablas; pero como el Pueblo passasse en tropa, y sin orden, hubo de ceder la puente al grande peso, y

cayeron en aquel profundo, mas de veinte y cinco personas, vnas sobre otras: levantóse luego entre los circunstantes, que miravan tal desgracia, vn lastimoso llanto; y teniendo sin duda à muchos de los caidos por estrópeados del todo, y aun por muertos; pero muy presto se convirtió el llanto en jubilo, y alabanzas del Señor, quando se vieron salir todos de aquella profundidad tan buenos, y sanos, como si huvieran caido sobre vnos blandos colchones.

Hazia el Padre Señeri su Sermon, en vn Lugar llamado Trabe, de la Diocesi de Placencia, y el Rio Tibbo, que baña aquellas Riberas, avia crecido bastantemente, por ocasion de las avenidas; con todo no estorvó el que algunos Pueblos comarcanos, dexassen de acudir à los Sagrados Exercicios de la Mision, vadeandole como mejor pudieron. Mas en el discurso del día, se aumentaron tanto sus aguas, que al bolverse por la tarde aquel concurso numeroso de gente à sus casas, le hallaron tan crecido, que furioso en sus corrientes, fue imposible vadearle. Resolvieron valerse de vn barquillo, que en repenidos viajes passasse à la otra parte, aquella multitud de gente: y porque se ponía el Sol, y cada vno delevava abreviar; ya para lograr el passaje con la luz del día: ya por no quedarle para el vltimo, y aver de navegar en las sombras de la noche, así como llegó el barco à la orilla, saltaron à porfia sobre su bordo cerca de treinta personas, que apenas cabian en su buque. Apartandose de la orilla, dexando la Ribera, y para buscar la opuesta; y al entrar en la corriente, oprimida la barquilla ya del peso, ya arrebatada del impetu de las aguas, sin poder gobernar su curso, la fuerça de los remeros, huvieron estos de ceder, y conociendo su riesgo, delamparon el batel, dexandole à la discrecion de la fortuna, queriendo poner en salvo sus personas, hechandole à nado à las aguas; por donde creyeron librarle del naufragio, que amenazava. Al cuydado, furto, y alboroto, que ocasionó este hecho, turbados todos los que quedavan en el riesgo, advertidos solo para conocer su peligro, se deslizo incautamente vn niño de hasta siete meses, que estava dormido en el regazo de su madre, y cayó con llanto, y lastimosos clamores de todos en el rio. Iva la barquilla mal segura, rio à baxo arrebatada de la corriente, sin poderlo remediar, los que desde la orilla, tenían por puntos ver à sus ojos naufragar aquellos miserables. Partieron luego algunos, à dar noticia de este fracaso al Padre Señeri, que se avia recogido en casa de descansar, y

recobrarle despues del trabajo del Sermon. A esta nueva, muy affligido el Padre, corrió luego à su aposento, y con afectuosos gemidos, y lentidas lagrimas, se puso en oracion à encomendar à Dios, el remedio de aquellos, que por causa tan pia, se hallavan en tan grande riesgo: al mismo tiempo el barco, que iba llevado de la corriente, encallò, quedando inmoble en vn pequeño arenal, que estava en medio del rio, à donde se pudieron conducir desde la ribera muchas cavaladuras, con que todos poco à poco tuvieron lugar de ponerse en salvo; pero la gracia mas estimable fue, que el niño despues de aver corrido casi duçientos pasos, fluctuando entre las aguas, llevado de la corriente, se hallò vivo, sano, y alegre, y con regozijo univertal fue restituido à su affligida madre.

§. XXXII.

PERO donde mas frequentemente campeò la divina asistencia, fue en sollegar los temporales, sin que apenas en tantos años fuesse necesario dexar los exercicios acostumbrados. Don Joseph Biaquini, Sacerdote de Placencia, que con incomparable zelo siguiò por mucho tiempo al Padre Señeri en sus Misiones, afirma con juramento aver visto en este genero muchísimos calos prodigiosos, que por su frecuencia dexavan ya de parecer maravillosos. Vna vez en la Ciudad de Carpi, predicandole al descubierto ante los muros de la Ciudad, se levantò vn fiero temporal, y el Auditorio, que se componia de muchísimos millares, queria por el espanto retirarle: Exclamò el Padre Señeri, dando à todos animo, diziendo: *Que no temieffen, y que cada uno se quedasse en su lugar.* Alçando despues los ojos al Cielo, conjurò devota, y eficazmente con la señal de la Cruz el temporal; y por todo el tiempo que durò el Sermon, aunque llovía al rededor con mucha furia, no cayò, ni aun vna gota en todo aquel cerco, donde estava junto el devoto Auditorio, pareciendo citar con tanta seguridad, como en el Arca de Noè en medio del dilavio. Y creció mas el pasmo, y admiracion, quando acabado el Sermon, y dada licencia al Pueblo, se dexò caer sobre aquel mismo lugar vna lluvia desmesurada, que le anegó todo. Este caso està aprobado con el juramento de vn Canonigo, tres Sacerdotes, y vn Seglar. El que se sigue, lo jura vn Doctor de Medicina.

En

En el territorio de Bressa, estando ya para ordenarse la Procession de penitencia, se cubrió el Cielo de vn denso nublado, y empezando à llover, todos tenian por imposible, que pudiesse salir la Procession; pero asomandose el Padre Señeri à la puerta de la Iglesia, y echando vn fervoroso suspiro: *Esta dixo, obra es del demonio; pues desde principio à la Procession, y saldremos bien con ella.* Así lo dixo el Padre, y así sucedió: Luego al instante cesò la lluvia, hasta que acabada la Procession, y recogido ya el Pueblo en sus casas, descargò el Cielo copiosos torrentes de agua, bastantes à inundar la tierra.

En otra ocasion (depone con juramento vn Sacerdote) al tiempo que se predicava en el campo, se movió de repente vn horrible torbellino, arrojando con furia violenta la denegrida nube, grandísima copia de granizo, tan extraordinariamente grueso, que venia à ser como nuezes. Y el Pueblo, que no tenia à donde acogerse, se bolvió àzia el Padre, para que los socorriese en tan grave peligro; y él con rostro risueño, el animo lleno de confianza; y el alma fixa en Dios, les animò, y confortò sobre manera; conjurò el ayre, y parando el granizo, se desvaneció en vn momento aquella deshecha, y horrorosa tempestad.

Fue tambien vn grande prodigio, el que sucedió en Transfinoro, Lugar del Modenès, y se refiere en la relacion impresa en Modena. En el mes de Agosto, estando el Sol en el fògolo de Leon, se avia de hazer el último Sermon, despues de la Procession de penitencia; y porque el País es todo descubierto, y no avia otro sitio, sino vn pequeño cerro, expuesto al resfitero de los ardientes rayos del Sol; por lo qual el Pueblo, cansado ya de los precedentes exercicios, huviera sin duda padecido calor intolerable, en tan largo tiempo, como el de todo vn Sermon, y Sermon de despedida; apenas acabò de señarle el concurto, quando salió del Horizonte vna admirable nubecilla, la qual fue à parar delante del Sol, y le tuvo cubierto, sirviendo de toldo, que hizo sombra por todo el tiempo del Sermon; y lo más notable, que acabado este, y echada la bendicion, al instante se deshizo, dexando à todos asombrados; por ver la piadosa benignidad del Señor, el qual quiso dar à entender, con señal tan manifiesta, quanto le agradava el afecto de aquellos devotos fieles. Tuvo tambien por favor muy singular de Dios, de que en tan numerosos concurtos, y entre tanta mezcla de Pueblos, de Países tan diversos, y muchas vezes opuestos, nunca sucediesen riñas, ni pendencias de las quales se originassen desgracias, delordenes, que comunmente

D 2.

fin.

sucesen en tal genero de concurios, y es de suma dificultad el evitarlos.

§. XXXIII.

NO solo favoreció Dios al Padre Señeri en sus Apostolicos trabajos con los prodigios referidos, sino que mas inmediatamente quito favorecer a la misma persona de su querido Ministro, comunicandole por su Divina bondad, la virtud de curar varias especies de enfermedades: Y porque hallo vn gran numero de estas curaciones maravillosas, me contentaré con referir solamente algunas. Don Baltasar Xavier Cataneo, hijo del Principe de San Nicandro, afirma con juramento, que estando en la Ribera de Genova, por el mes de Septiembre de 1688. enfermò de vna gravissima elquinencia, que muy presto le reduxo à lo vltimo, y estava ya delucado de los Medicos. Y como por entonces hazia alli Misión el Padre Señeri, le rogaron que fuese à visitar el enfermo; visitòle muy cortés, pero hallòle tan fatigado ya, que no pudo dár respuesta alguna à las preguntas del Padre; pùtose por tanto de rodillas à tener vn rato de Oracion, y despues hizo la señal de la Cruz en la garganta con la Reliquia de San Francisco Xavier, como acostumbra en semejantes casos, así para alcanzar la gracia por medio del Patrocinio de tan gran Santo, como por evitar se le atribuyese el suceso, deshaziendo así qualquiera sombra de vanidad, que pudiesse manchar la pureza de sus recísimas intenciones. Salíose el Padre de aquella casa, y el enfermo sintió luego mejoría; à la mañana siguiente, quando bolvieron los Medicos, hallaron desvanecida la calentura, totalmente aliviada la inflamacion de la garganta, y el enfermo ya sano, con grande asombro suyo.

Jura vn Sacerdote, que fue testigo de vista, como en la tierra de Solarolo, taxeron al Padre Señeri vn moço, que totalmente avia perdido la vista, para que le bendixesse. De muy mala gana condescendió el Padre, con quien le pedia semejantes bendiciones, con todo esto, para consolar aquel pobre, que avia venido de lexos, le hizo la señal de la Cruz sobre los ojos con la Reliquia de S. Francisco Xavier, y le partió. Passaron algunos dias, el moço que ya avia cobrado la vista, vino muy alegre para dár gracias à su bienhector; pero, porque el Padre le bolvia las cipaldas, y dissi-

múlava verle, tanto mas recio clamava el que antes era ciego, y le seguia con ademanes, y palabras de gratitud, y reconocimiento, y accion de gracias: Publicandose, pues, el caso, muchísimos acudian al Padre, para que los bendixesse; de lo qual concibió gran pena, y con mas repugnancia, y averfion de lo de entonces rehusò eficazmente condescender à semejantes peticiones, diciendo: *Que avia venido para curar las almas, y no los cuerpos.*

Don Marco Antonio Monteagudo, Médico insigne de la Ciudad de Parma, refiere con juramento el caso siguiente, que sucedió en su misma persona. Dize, pues, hallandome yo Medico del Final de Modena, por aquel mismo tiempo en que el Padre Pablo Señeri, de la Compañia de Jesus, hazia alli sus Misiones, y sintiendome oprimido de vn gran pelo en la cabeça, que me tenia muy trabajado, por espacio de vn año, y mas; desuerte, que no me era posible tenerla cubierta. Vna tarde fui à vn Prado fuera del Final, donde se hazian las sobredichas Misiones, vestido de lana, segun el uso de la Cofradia de las Sagradas Llagas, erigida en la Ciudad de Modena, y estuve en aquel Abito por espacio de dos horas, con la cabeça siempre cubierta. Despues de acabada la Misión, fui à la Iglesia Parroquial del Final, y el mismo Padre me bendixo, con la Reliquia de San Francisco Xavier; y en aquel instante me pareció, que tenia como vn ayre, que me refrigerava la cabeça, y luego quedè libre de aquel gran pelo, que antes padecia, y nunca mas le he padecido. Estas son sus proprias palabras.

Atestigua tambien con juramento Don Juan Gandini, Médico de Quincano, en el territorio de Bressa; que aviendole llamado de prisa, para vn muchacho, que avia caido de su estado, por vn impetuoso accidente de apoplexia, le hallò sin pulso, y sin aliento, con que hizo juicio; que su mal no tenia remedio. Apareció en el interin contingentemente el Padre Señeri, el qual echando su bendicion al muchacho, le llamó en voz alta por su nombre; y à este solo llamamiento, como si aquel eco le huviera infundido el spiritus de vida; bolvió en su ser el moribundo, abrió los ojos, como si despertara de vn profundo sueño, y quedó sano.

Don Juan Bautista Serollieri, Sacerdote Parmesano, confiesa de sí mismo con juramento, que en la tierra de Sorbolo, su Patria, le sobrevino à las piernas vn humor mortdaz; el qual prorumpiendo luego en vna ardiente erisipela, le causava vna molesta

comenzon, y gran trabajo, y aun con el arrimo, y ayuda de dos muleras, apenas podia menearse por el aposento. En este lastimoso estado se hallava, quando à peticion del señor Arcipreste su tio, fue à visitarle el Padre Señeri; que morava en aquel Lugar, empleado entonces en sus Apostolicos trabajos. Roziose el Padre con agua bendita, le exortò despues à tener confianza en los gloriosos merecimientos de San Francisco Xavier, y le aplicò la Reliquia del mismo Santo, que llevaba siempre consigo. De repente quedó de el todo libre el enfermo de su accidente, y desde aquel punto empezó, y prosiguió despues, caminando con la misma ligereza, que solia antes que estuviessse embarazado con tan molesta enfermedad.

Doña Julia Albani Abbati Olivieri, tia carnal del presente Sumo Pontífice Clemente XI. en vn papel, firmado de su propria mano, dize desta manera: Yo afirmo con juramento, que pasando por Pesarò el Señor Nembriani, Obispo de Parma, me refirió el caso siguiente, sucedido en aquella Diocesi, donde el Padre Pablo Señeri, de la Compañia de Jesus, avia hecho tantas Misiones, con credito vniuersal de Santo. Vn pobre hombre, queriendo hender vn leño, levantò con tanta fuerza la hacha acorada, y descargò el golpe con tanto ahinco, que atravesando el madero, ò deslizando de desgraciadamente la segur àzia la espini-lla, se cortò todo el hueso de la pierna, atravesando nervios, y tendones, quedando sola vna pequeña porcion de la piel, de donde pendia, con miserable lamento, todo lo restante de pie, y pierna, separada casi del todo del jarrete de la rodilla. Llegò à la sazón el Padre Señeri, el qual compadeciendose de aquel miserable, que estava fuera de si por el dolor, juntò lo mejor que supo aquellas dos partes, casi separadas, y las atò con vna faja, y hizo sobre ellas la señal de la Cruz. Deshiose despues la pierna, y me parece, que me acuerdo por cierto, que esto sucedió el dia siguiente, ò poco antes, ò poco despues, y se hallò el miembro cortado entero, y sano, con el hueso soldado, y del todo vnido, lo qual todos tuvieron por vn grande, y evidente milagro.



§. XXXIV.

Esta gracia, que el Padre Señeri avia recebido de Dios, de obrar por si mismo estas maravillas, la comunicò tambien à las cosas de su vfo la Divina Bondad, como se conociò por efectos estupendos, por extraordinarios. En la tierra, poco ha nombrada, de Quinzano, afirma con juramento el Medico della, que vna muger, por nombre Bartolomea Gandallia, padecia muchos meses avia, vna atros ciatica, que la maltratava sobre manera. Por su buena dicha alcanço esta muger vn pañuelo de que el Padre avia usado para ensugarle, quando estava, ò bañado en su sudor, ò teñido de su sangre despues de sus penitencias. Fexo con aquel lienço el muslo achacoso, antes de acostarle, y passada vna, ò dos noches, quedó totalmente sana, sin que nunca jamás sintiessse semejantes dolores.

Doña Maria Vincencia Sgarillia, Monja Profesã del Orden de el glorioso Padre, y Patriarca San Benito, en el Monasterio de San Onofre, en la Ciudad de Afcòla, avia padecido por largo tiempo vna cisterna de gracia en los pulgares de ambas manos; y se le avian aquellos dedos embatado; de tal genero, que no solo no podia alargarlos para cosa alguna, sino que le causavan vn dolor excesivo, e intolerable. Acudiò el Cirujano, el qual entre otros remedios, le aplicò vna quinta essencia de ambar, que el tenia por efficacissima; pero en lugar de aprovecharle, la dañava de fuerte, que antesiva de mal en peor, hasta que quilo Dios consolarla por medio del Padre Señeri, que en aquel tiempo morava en Afcòli, por ocasion de hazer allí sus Misiones. El dia, pues, de San Bartolome, fue el Padre à decir Misa en la Iglesia del Monasterio, y la devota Religiosa, rogò à la Sacristana, que le conservasse el agua, con que el Padre se lavasse las manos. Recibida el agua, bebió vn poquito della por devocion, y suplicò al Señor, por los merecimientos de su Siervo, le sanasse el dedo de la mano diestra, para poder emplearle, así en sus oficios, como en los del Monasterio; en quanto al dedo de la izquierda, como menos necesario, protettava, que no podia su salud, antes rogava à Dios que se lo dexasse en el mismo estado, para exercicio de paciencia, y para alguna satisfaccion de sus pecados. Dicho esto, pulsò las manos dentro de aquel agua, y desde luego el

pulgar de la diestra quedó libre, y perfectamente sano, quedándole el de la otra mano inhabil, y dolorido, como antes. Todo esto atestigua con juramento, y lo mismo confirman otras tres Monjas de mas autoridad del mismo Monasterio, siendo cosa entre aquellas Religiosas muy sabida, y cierta; y añaden, que passados ya despues del caso, cerca de seis años, protegia todavia la devota Religiosa en el mismo estado.

Don Jacobo Maffei, en forma autentica, y jurada, depone el siguiente caso, sucedido en la Ciudad de Mantua, en la persona de Doña Barbara Zanetra, su muger, cinco años despues de la muerte del Padre Pablo, sirviendole Dios de glorificar à su Siervo, aun despues de muerto. Enfermò, dize, Doña Barbara, à los catorze de Setiembre de 1699. con tercianas dobles continuas; y además de la gravedad del mal, añadia nuevo cuydado al de su accidente su mucha edad; pues avia ya cumplido los sesenta y seis años. A los veinte, pues, de dicho mes, que era el septimo de su enfermedad, me sentí por la mañana inspirado de Dios, à la feliz memoria del Padre Pablo Señeri, y à valerme de vna servilleta de lienço, mojada en su sangre, la qual se conservava en mi casa, donde posò el Padre en el tiempo de la Mision, que hizo en Cerete, Arrabal de Mantua; y de esta servilleta se sirvió para enjugarle despues de la Proclision de Penitencia, en la qual le açotò, hasta derramar mucha sangre. Con dicha servilleta me lleguè muy confiado à la cama de Doña Barbara, y la hablé así: Doña Barbara esta, como bien sabeis, es la servilleta que sirvió al Padre Señeri en la Mision de Derete, quando posò en nuestra casa; encomendaos à Dios, y à la Virgen Santísima, para que mediante la intercesion de dicho Padre, que murió con fama de santidad, quedeis libre de vuestra enfermedad; despues teniendo yo todavia en la mano la servilleta, y haciendo la señal de la Cruz sobre Doña Barbara, dixè las siguientes palabras: *Per merita Passionis D. N. Iesu Christi, & Beatissimæ Virginis Mariæ, & per intercessionem Patris Pauli Señeri, liberet te Deus ad hæc febrî, hoc infirmitate. Amen.* Dicho esto, entreguè la servilleta à Doña Barbara, poniendola cerca, y exortandola de nuevo à encomendarle à Dios, y à la Santísima Virgen, con rezar vn Pater noster, y vn Ave Maria, y con avivar la Fe, y confiar, que mediante la intercesion del Padre Señeri, quedaria libre de su enfermedad. Así succedió en el mismo dia sobre dicho, que era el Septimo de la enfermedad, en el qual, no solo no le vino el crecimiento, que seguè el curso natural avia de venir, sino

antes llegando el Medico à visitarla, la hallò totalmente libre de calentura, con pasmo suyo, y dixo: Que tal mejoría avia succedido muy presto, y no avia que dudar: Pero oyendo el remedio, de que yo me avia valido, quiso ver la servilleta, y aviendola visto, dixo: Que se guardasse como vna Sagrada Reliquia. La mejoría, pues, de la enferma perseverò, y no le sobrevino mas calentura. Así lo afirma Don Jacobo Maffei, y con él conviene el testimonio de Don Carlos Martinelli, que en oficio de Medico asistió à la enfermedad de la dicha señora.

§. XXXV.

Con otros modos prodigiosos, glorificò tambien el Señor, à su Siervo tan benemerito, y que tanto le desvelava, sin que le espantasen trabajos, ni deviniesen peligros, en amplificar la gloria de Dios, por medio de la conversion de las almas. Refiere el Señor Abad Vayani, ya Canonigo de la Venerable Basilica de Santa Maria la Mayor, en Roma, que predicando el Padre Señeri en la Plaça de Modillana, en la Romera, cayò vna copiosa lluvia, la qual obligò el Pueblo à ponerle en cobro, lo mejor que pudo. Predicava el Padre sobre vna mesa, que à este fin avian puesto en medio de la Plaça, con la fotana sola, y vn biterete en la cabeça, y aunque la lluvia continuò con mucha furia, prosiguiò el Padre constante, e inmovil su Sermon, y despues sin enjugarle, ò hazer otra diligencia, se fue derecho à la Iglesia de San Bernardo, que està enfrente de la misma Plaça. El susodicho Señor Abad, y Don Nicolás Borgi, que estavan allí presentes, y avian tenido siempre fixos los ojos en el Padre Señeri, le tenian gran lastima, juzgando, que desde cabeça à pies, estaria empapado en agua que sin resguardo avia caido sobre su persona. No obstante, acercandole mas à él, repararon, que estava del todo enjuto, y que no le avia tocado ni vna gota. Palmados, y como fuera de sí, por el asombro, le miravan vno à otro, y por mas certificarle en la verdad, quisièron ambos tentar con sus mismas manos la fotana, y conocieron manifestamente, que en realidad de verdad, estava enjuta, como si no huviera caido vna gota de agua.

Vna Religiosa, afirma con juramento, que dos vezes avia visto el rostro de el Padre Señeri, mientras dezia Misa,

circuido de luzes, y resplandores. De la misma manera vn Sacerdote depone con testimonio jurado, que aviendose encontrado con el Padre Señeri, y deteniendose à platicar con él, en vn patio de nuestro Colegio, viò la cara del Padre, rodeada de gran copia de luzes Celestiales.

Don Juan Platoni, Cura en la tierra de Codono, Vicaria de Valde Tajo, Diocesi de Placencia, refiere, y atestigua con juramento, que por el mes de Agosto de 1673. se partiò de Valde Tajo su Patria, en compania de 250. personas, y anduvieron en Procecion toda la noche, veinte y quatro millas Italianas, para llegar la mañana siguiente à Tornuevo, donde se disponia la Comunión General, por termino de la Misión, que allí avia hecho el Padre Señeri. Saliò al encuentro el mismo Padre, y lo recibió cortés, y amigablemente, aviendo satisfecho à sus devociones, se fueron despues de comer à la Procecion acostumbra da de penitencia, y à oír el vltimo Sermon. Muchísimo era el Pueblo, que avia concurrido, y yo (dize el sobre dicho Sacerdote) para oírle mejor, me puse en vn sitio muy cerca del Padre. En el mayor fervor, pues, del Sermon, empezè à ver el rostro al Padre Señeri, muy resplandeciente, y que echava por todas partes rayos de luzes. Dudando yo entonces, si aquel era engaño de alguna aprehension mia, bolví otras vezes con reflexa cuydadosa à mirarle mas atentamente, que antes, y siempre de la misma manera, con suma admiración, se me representò aquel bendito rostro, rodeado de grande resplandor, con que me vi obligado à depone qualquiera duda, à cerca de la verdad de esta vision, la qual mucho mas me confirmò en el concepto de la Santidad de dicho Padre, que tenia ya muy bien conocida, quando hizo dos Misiones en esta tierra, y su Diocesi, con tanto provecho de las almas, que nunca podrá creerlo, sino quien se hallò presente. Así el dicho Cura.

Mejor ocasion tuvo el Padre Fray Juan Bautista Perfera, Lector, y Predicador, del Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, el qual hallò al Padre Señeri, en Oración, de la manera que aqui referiremos, con sus mismas palabras, juradas en forma publica, y autentica, delante del Ilustrísimo Señor Obispo de Borgo San-Donino, afirma, pues, que aviendo tenido, no solo noticias del Padre Pablo Señeri, de la Compania de Jesvs, y Misiónero, sino que aviendo tambien platicado con el mismo en diversos Lugares, y acompañandole en varias Misiones, aviendo visto colmados frutos, cogidos à diligencia de sus fervorosos des-

desvelos; así en la conversion de tantos pecadores, y encenagados en vicios carnales, reduciendoles à estado de advertir el riesgo de su eterna condenacion, en que se hallavan, y de llorar con sentidas lagrimas su mala vida, y de pedir publicamente perdon à Dios, con fugetarse desde luego al Sacramento de la Penitencia, bolviendo por este medio saludable à la mitad de su Divino Señor, y legitimo dueño: Como en componer enemidades, y conciliar la paz entre los que vivian opuestos. Avia à mas de esto observado, que abriendole à fieros golpes de disciplina sus espaldas, no solo derramava copiosos raudales de sangre, sino que rasgando desapiadadamente sus carnes, molidas de su repetidos golpes saltavan desmembrandose à trozos de su cuerpo herido, y quebrantado. Avia no obstante observado con admiración, que disponiendose el Padre el dia siguiente, para ofrecer à Dios el mesmo sacrificio, no le avia quedado señal ni cicatriz de la carniceria, que el dia antecedente avia usado en su cuerpo. Pero lo que es mas admirable, hallandose el mismo Padre, cuyo es este testimonio (avrà casi veinte y dos años) en el Lugar de Mançenzatico, Diocesi de Regio, donde el Padre Pablo hazia la Misión, en el principio del Verano, mientras el Padre Señeri estava recogido en vn aposento de la Canonica de dicho Lugar (Canonica se llama vn lugar cerca de la Iglesia, donde se apolentan los Eclesiasticos, por ser casas de la misma Iglesia) vna hora despues de aver anochecido, y estando el dicho Padre, que atestigua el suceso, en otro aposento de la misma Canonica, poco distante del aposento donde morava el Padre Pablo, se oyeron vnos ardientes quanto afectuosos suspiros, que en sensibles, y bien advertidas voces, prorumpia la devoción, ò el fervor de quien enagenado para el mundo, tenia puesto su coraçon en el Cielo. Causòle novedad al Religioso, y encaminandose àzia donde avia oido aquellas devotas exclamaciones, se llegó à accechar por los requisios de la puerta del retrete, en que morava el Padre Señeri, donde con la luz de vna antorcha, que avia encendida en el aposento, viò con palmo, y ternura al Padre Señeri, en profundo extasis, elevado su cuerpo en el ayre; levantado quatro palmos en alto sobre la tierra, en aquella devota postura, de quien està orando à su Dios; dobladas las rodillas, tendidas las manos; los braços abiertos en forma de Cruz; fixos los ojos en el Cielo, y despues de averle recreado vn rato con tan celestial vista, le pareció buscar conteste de este suceso, y partiò apresurado à llamar à Don Pablo Tretta, Cura entonces de aquella igle-

Iglesia, dióle cuenta de lo que avia visto, exortándole à que le figurara, corrieron ambos à la puerta, y por el mesmo resquicio descubrió el piadoso Sacerdote al Padre Señeri en la postura referida, en que quiso confirmarle, mirándole de nuevo el Religioso. Este extasis duró à lo menos por todo el tiempo que se hizieron estas diligencias, y sin duda no pudo ser menos de quatro y medio de hora. Visto esto, sin poder reprimir la ternura del corazón, prorumpieron en devotas lagrimas, así el Cura, como el pio Religioso. Finalmente, volviendo este à mirar por los resquicios, vio, que el Padre Pablo baxava de lo alto con las rodillas al suelo, y reparó, que en dicho aposento, y en el sitio donde estava el Padre Señeri, no avia arrimo, ni otra cosa alguna, que pudiesse sustentarle. Hasta aqui el testimonio del Padre Fray Juan Bauuista.

§. XXXVI.

Suele Dios guardar para sus amigos mas intimos, el descubrir antes de suceder los accidentes futuros, y penetrar los secretos de los corazones. Y con esto quiso Dios favorecer al Padre Señeri, y aunque pudiera referir aqui muchas pruevas, pero basten dos solas. Vna Religiosa, en vn papel escrito todo de su mano, refiere con juramento, que hallándose el Padre Señeri convaleciente de vna enfermedad, fue vn dia à visitar vna enferma de aquellas Sagradas Virgenes, en cuyo aposento estava la que lo escrivi. Mientras el Padre platicava con la enferma, estava detrodilla: à los pies de la cama la dicha Religiosa, y buelta àzia el Padre Señeri, iba entre si discurriendo: *O lo diabola que seria yo, si acontecisse, que asistiessse à mi muerte vn Varon tan del agrado de Dios!* En el interin se arrojó à ella el Padre Señeri, con vn rostro muy benigno, y le dixo en voz alta: *¿Qué es lo que pensais?* No atreviéndole ella à descubrirle su corazón: *Yo pienso,* respondió, *que V. R. acabe de sanar perfectamente, y presto. No es asy,* replicó el Padre con mayor agrado que antes, *os vereis consolada, en qualquiera ocasion, yo os asistiré.* Quedote del todo asombrada la Religiosa, oyendo tal respuesta, porque nunca avia platicado con el Padre semejantes cosas, de donde huviesse podido congeturar aquel oculto pensamiento, con todo esto, se llenó de tan grande alegría, que aviendote ya ido el Padre, llorava de ternura. Pero empezó despues à reparar, que el Padre Señeri estava

yá

yá muy adelantado en la edad; y además, que con brevedad se avia de ir, para no bolver por ventura nunca mas à aquel País. Pues, dezia entre si, *si ha de asistir à mi muerte, luego ella está muy cercana.* Por tanto, volviendo el Padre despues de algunos dias à visitar las mismas Religiosas, esta que refiere el caso, le le hizo encontradiza. Pues, le dixo, *Padre Señeri, me tocara à mi ser la primera, que ha de salir de este mundo?* Entonces, se puto el Padre serio, y dulcemente la reprehendió, diciendo: *No digo yo esto, solamente digo, que en qualquiera ocasion yo os asistiré.* Con que parece, quiso dar à entender, que aun despues de muerto, le avria de asistir desde el Cielo.

Doña Julia Albani Abbati Olivieri, refiere el siguiente caso, y afirma con juramento, averle referido el Ilustrísimo Señor Nembrini, Obispo de Parma. Confesóse con el Padre Señeri vna muger, la qual despues de aver manifestado algunos de sus pecados, dixo, que no le acordava de otra cosa. El Padre Pablo la exortó muchas vezes, à que se examinasse mejor; pero ella bolvió à decir, que no se le ofrecia, ni tenia mas que dezir. Preguntóla entonces: *¿Qué era lo que avia escondido en aquel muladar detras de su casa?* A esta pregunta, conociendo la delchichada, que yá estava descubierta su maldad, tan secreta, que sola ella sabia, y que sin luz superior à la inteligencia humana, no podia penetrarle de nadie; llena de confusion confesó al Padre, que en aquel lugar avia enterrado vna criatura concebida por medio de vna grande iniquidad, y que no se avia atrevido à manifestarla tampoco al Confessor, por miedo, que de sus oidos no passasse à los del Principe, y la castigasse con rigor. En oyendo esto el Padre Señeri, la dispuso à vn verdadero arrepentimiento, y la ganó para Dios, promettiendola demás à mas; que en caso de necesidad, la alcanzaria del Principe vn favorable perdon por su grave culpa, como de hecho sucedió.

El Ilustrísimo Señor Tadulsi, Obispo de Acoli, en vna carta que escribió à vn nuestro Padre Penitenciario en la Santa Casa de Loreto, afirma *in verbo veritatis*, que mientras posava el Padre Señeri en aquella Ciudad, para la Mission, aconteció la muerte del Papa Inocencio XI. de gloriosa memoria: Apenas avia llegado el aviso à Acoli, quando platicando este dignísimo Prelado con el Padre, como se acostumbra en semejantes ocasiones de Sede vacante, de quien sucederia al difunto Pontifice, y nombrando diversos Cardenales, que parecian, segun la voz comun, mas à proposito para el Pontificado: *No,* dixo el Padre Señeri,

Oficio

Ottoboni, Ottoboni será Papa; porque él es muy señalado en el zelo de las materias que tocan à la Santa Sede. Y quedandose algo suspenso, y en silencio, añadió: Y después Pihateli. Este es el caso; y hemos visto nosotros ambas à dos predicciones felizmente verificadas. Dexo yo agora considerar à qualquiera, si sola la prudencia humana podia dar luz al Padre Señeri, para prever tan de leños cosas no menos ocultas, que inciertas, las quales confunden, aun el entendimiento à los mayores Politicos; y mas, que el Padre estava ya muchos años antes leños de Roma, todo dedicado à sus Santos exercicios, y no podia penetrar las disposiciones, y tratados, siempre inciertos, por las varias contingencias, de la Corte Romana.

§. XXXVII.

Esta fue la vida del Padre Pablo Señeri, por espacio de veinte y seis años, en sus Apolíticas Misiones, las quales solia comenzar inmediatamente, despues de Pasqua de Resurreccion, y las proseguia hasta el principio de Noviembre. De este modo corrió, y santificò las Diocesis de Luca, de Placencia, de Taençà, de Modena, de Mantua, de Parma, de Regio, de Nonantola, de Carpi, de Arceo, de Bologna, de Pefcia, de Genova, de Albenga, de Ancona, y de Serçana. Algunas destas Diocesis las corrió todas, mas de vna vez, además de las Diocesis de Bressa, de Lodi, de Termo, de Sinigallia, de Sabona, de Bertinoro, de Ventimillia, las quales no corrió enteramente, sino en parte. En orden à las Ciudades, nunca tuvo mucha inclinacion de hazer Mision en ellas; porque juzgava por mejor empleado su trabajo en las Aldeas, y Lugares, los quales, como no tienen comunmente tanta copia de locorros Espirituales, así estàn mas necesitados; no obstante, hizo Mision con fruto siempre muy grande en la Ciudad de Prado, de Ancona, de Pistoia, de Termo, de Ripatransone, de Atcoli, de Montalto, de Tano, de Sinigallia, de Gubbio, de Serçana, de Albenga, y particularmente en la nobilissima Ciudad de Bologna, de la qual merece, por cierto, se haga aqui vna muy especial memoria, por el singular concurso, por la suma piedad, y fervor, que mostro, sin exceptuar calidad, ni condicion de personas, en todos los exercicios de aquel Santo ministerio. Esta Ciudad puede, sin duda, servir à todas las demás,

de

de vn señalado exemplar. Y personas leídas en los Anales de Bologna, dicen, que esta Mision es muy digna de compararle, con aquella tan celebre, que en los siglos passados hizo en la misma Ciudad, el grande Apollol de la Italia San Bernardino de Sena.

§. XXXVIII.

Acabado que avia el curso de las Misiones, se recogia el Padre Señeri, por lo restante del año à algun Colegio de la Compania, y toco casi siempre esta buena fortuna à nuestro Colegio de Florencia. Su descanso aqui, era ocuparle en escrivar, para publico provecho de las almas, aquellos preciosos volumenes que todos gozan impresos muchas vezes en varios Lugares, y traducidos de la lengua Italiana, en diversas lenguas de Europa. Y no ay duda, que costaron grandissimo trabajo estas obras à su Autor; pues él mismo confesò, que muchas vezes entre dia, y noche gastava ocho horas estudiando; y podrá facilmente inferirlo, quien tiene alguna experiencia de tal modo de escrivar, con tanta elegancia, y con tanta variedad, y copia de erudicion, y doctrinas. En vna sola ocasion, le pareció que Dios le facilitava el trabajo en manera extraordinaria; esto fue, quando se puso el Padre Señeri à escrivar el Libro de la Concordia, entre la quietud, y fatiga de la oracion, obra que emprendió, llevado de vn ardiente zelo de defengañar tantas almas, que incautas corrian à perderse, gobernadas por la direccion de aquel, mas aplaudido, que penetrado Libro de Miguel de Molinos; en cuyas clausulas encubiertas, folapadas, y engañosas, sembrava inensiblemente aquel Herefiarcha la mas pestilente doctrina, oculta del todo en sonido de voces piadosas, que admitia la sinceridad christiana, no recelando dolo, con total ruina de sus costumbres. La gran perspicacia, y inteligencia en cosas de espíritu, que tenia el Padre Señeri, le ayudò à descubrir tan nocivo veneno; y fue el primero que con valor intrepido salió (aunque à despecho de muchos) à descubrir los engaños de Libro, y Autor, à quien tenia el mundo por oraculo; y à quien por el credito, que con sus hipocresias, avia conseguido con los de mayor autoridad en la Europa, nadie se le atrevia, devriendose à la intrepidez, zelo, y trabajo incanible del Padre Señeri, ayerte despues descubierta

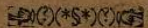
erro-

errores, manifestos ya à todo el mundo. Al tiempo, pues, que disponia este trabajo, el mismo se quedava aflombrado de la facilidad, con que salian de la pluma los conceptos: Si abria los Libros, para buscar algun texto, luego ocurría el que deseava; y así reconoció vna asistencia muy particular del Señor, que para salud de muchos, quiso servirle de él en aquella obra, facilitando la pluma de quien con tan buen zelo, y para tanto bien la gobernava. Al trabajo de las Misiones, y del escribir, no dexó el Padre de juntar la tarea de predicar, saliendo por la Quaresma à diversos Pulpitos, para satisfacer à los que eficazmente se lo pedían; y de este modo prosiguió, hasta el año de 1679. quando dió à luz su admirable Quaresma, para predicar en vn mismo tiempo à todo el mundo.

§. XXXIX.

Mientras se empleava el Padre Señeri, en estas Santas ocupaciones, con sumo recreo de su espíritu, le vino à Florencia vn aviso de repente, que le llamava à Roma. Aconteció en esta forma. La Santidad de Inocencio XII. avia leído algunas obras de este Autor, y oido referir admirables cosas de su vida, de la grande veneracion que le tenían los Pueblos, y del copioso fruto, que en todas partes obravan sus fervorosas Misiones. Movido, pues, el Sumo Pontífice de estas noticias, le vino al pensamiento, que tal sugeto seria muy à propósito para el oficio tan importante de predicar en su Palacio Pontificio, al Sagrado Colegio de los Cardenales, y sus Prelados. Declarado, por tanto, su deseo à los Superiores de la Compania, con obsequiosa prontitud escribieron al Padre Señeri, llamandole luego à Roma. para recibir los ordenes del Papa, en el oficio, para que su Santidad se servia elegirle. Este aviso tan honorífico, que para muchos que lo apetecien, huviera sido, sin duda, de mucho gusto, y le huvieran recebido con grande fiesta, se le figuró al Padre Señeri vn rayo, que le hirió en lo mas vivo del alma; así, porque su humildad lo dava à entender, que era inhabil para empleo tan elevado, como, porque su caridad, y ardiente zelo, sentia grandísima pena, en dexar el Santo exercicio de las Misiones, que eran el blanco de todos sus afectos. Mucho fue lo que lloró delante de Dios, y rogó eficazmente à los Superiores; pero persistiendo estos en el orden

orden ya embiado, le fue forzoso sacrificar à la obediencia todas sus repugnancias, de que se ocasionó vn continuo llorar, y lamentar su desdicha. Llegó à Roma en el principio de la Quaresma de mil seiscientos y noventa y dos, y luego fue à besar el pie al Sumo Pontífice, à quien dixo todo lo que supo de darle su eloquencia; para librarle de aquel honroso empleo. Pero estas mismas eteulas, despertaron mucho mas en el Papa el deseo de oír à vn hombre, à quien hermoseavan con tan bella alança las virtudes Religiosas, con sus raros talentos. Recibióle su Santidad con muestras de particular benevolencia, y se le animó à abraçar con alegria la empresa, à beneficio de aquella Corte, de quien dependen, en no pequeña parte, los felizes progressos de toda la Christiandad. Obligado, por tanto, el Padre Señeri, à echar las redes, *in verbo*, del Vicario de Christo, computo, y dixo los dos vltimos Sermones de aquella Quaresma, en aquel Augusto Teatro, que sin nota de lisonja, puede llamarse el mas Venerable de el Mundo. Prosiguió despues en predicar, por todo el Adviento, y por toda la Quaresma siguiente, y siempre fue oido con aplauso vniversal, por la solidez, y propiedad de los argumentos, por la eficacia de las razones; y por la eleccion de los conceptos, igualmente grandes, y provechosos. El Sumo Pontífice, mas que todos, quedó tan satisfecho del nuevo Predicador, que llegó à dezir, le oíría muchas horas sin cansancio; y vna vez, que impedido de sus indisposiciones en la salud, no pudo hallarle presente al Sermon, dió orden à vn Prelado de su Camara, que le oyese con atencion, para repetirle despues, como se hizo. Pero mas adelante pasó la suma benignidad del Papa, àzia el Padre Señeri; porque le admitia con frecuencia, y le llamava à largas, y muy secretas audiencias, le encargava diversos negocios de grande importancia, le favorecia con muchos, y muy delicados regalos, y le dió otras muchas prendas de su afecto, y estimacion; hasta dar fundamento à la opinion de la Corte, de que su Santidad meditava elevarle à aquellos eminentes grados de honra, à que puede sublimar la suma potestad de el que es Cabeça de la Iglesia.



§. XL.

EN medio de tantas felicidades , nada se desvaneció el humil-
dísimo Padre , no dexandole lisongear del engañoso ro-
stro de fortuna tan favorable , sino que se mostro siempre el
mismo , y con el mismo semblante que antes , muy lexos de
qualquiera sombra de vanidad , cortés , y afable para con to-
dos , con vna santa sencillez , e integridad en su conversacion ,
buscando vnicamente la mayor gloria de Dios , y el cumpli-
miento de la obligación en que le avia puesto el Sumo Pontífice . De
aquí es , que pidiendolo vno de estos dos motivos , que eran
los dos , como polos en que estriyava la resolucíon de sus ac-
ciones , nunca omitió dezir , ò executar aquello , que se-
gun las reglas ordinarias de la prudencia del siglo , parece se
oponia à toda la esperança de sus adelantamientos , antes de
industria , con mucho mas vigor , y zelo lo promovia ; por-
que sabia muy bien , que no podia al mismo tiempo agrar-
dar al coraçon de Dios , y procurar agrardarle à sí mismo , ò
à otro qualquiera de los hombres . No ay , por tanto , que ad-
mirarle , si en medio de tantos favotes , como recebia del
Palacio Apostolico , instruido el Padre en tantos tantos dicta-
menes , estuviessse de continuo deseando , y suspirando por sus
queridas Misiones ; de tal fuerte , que le oyeron dezir muchas
vezes : *La mayor gracia que pudiera yo recibir del Papa , seria dar-
me licencia , que me bolviera à mis Misiones : O como me verian des-
de luego salir de Roma .*

En consecuencia de esto , escriviò à vn amigo suyo ; que
desde que le avian apartado de las Misiones , nunca mas avia
gozado vn dia de alegria . Confessò tambien à diversos , no
passava dia , que por esta misma causa no detramassse muchas
lagrimas ; y huvo quieca atreghuò , le avia visto llorar amarga-
mente , echando la culpa à sus pecados , que le avian he-
cho indigno de tan grande dicha , qual era ,
proseguir ; y acabar su vida ,
en tan Santo Mi-
nisterio .



§. XLI.

§. XLI.

POr este tiempo sucedió en Roma à quinze de Diciembre de
aquel año de mil seiscientos y noventa y dos la muerte del
Padre Nicolás Maria Palavicino ; de la Compañia de Jesus , Theo-
logo de la Sagrada Penitenciaría , y Examinador de los Obispos .
Luego que su Santidad recibió esta nueva , motu proprio ; desti-
nó vno y otro oficio , para el Padre Señeri , el qual fue à darle
las devidas gracias ; pero juntamente le suplicó , que repartiessse
los dichos oficios , à sugetos mas dignos ; porque , dezia el , que
no era Theologo , para poder servir la Sagrada Penitenciaría , y
que la falta del oído ; no le permitia examinar à los Obispos ,
con el decoro que se deve , en la presencia de su Santidad , de
tantos Cardenales , y Prólados , que concurren à esta función .
Agradeció el Sumo Pontífice las humildes expresiones del Pa-
dre ; no obstante , porque sabia muy bien su Santidad , quan
versado , y diestro estava en todas las materias de Theologia ,
aunque no las huviesse leído en las Catedras , le obligó à acep-
tar el sobredicho oficio de Theologo ; y en orden al otro de
examinar à los Obispos ; se dió por satisfecho de la razon , y
le otorgó lo que pedia . Valióse el Padre Señeri de esta oca-
sion , para repetir à su Santidad , las instancias , que ya otras
vezes le avia hecho , de que le exonerassen de el oficio de
Predicador de el Palacio Apostolico , despues de la proxima
Quaresima , alegando por razon su edad , ya tan dilatada , y
por conseqüente , la flaqueza de la memoria ; por lo qual
era ya este empleo muy superior à sus debiles fuerzas . De
mala gana venia en esto el Papa , por privarle de el gusto
que tenia en oírle ; con todo esto , movido à piedad , le
hizo la gracia , aunque quitó , que el mismo Padre le pro-
puesse aquel , que juzgasse por mas habil ; para entrar en su
lugar en el oficio de Predicador , y aquel que le propuso , eli-
gió su Santidad ; al mismo tiempo , para el oficio de examinar à los
Obispos , aquel solo eligió el Papa , que nombró el Padre Se-
neri .

Estando , pues , detenido el Padre en Roma , y como
atado de tan fuertes cadenas , comenzó à exercer el nuevo
empleo de Theologo de la Penitenciaría , y sirvió à su Santidad
en todo lo que , segun las ocasiones que se ofrecian , le man-
dava ; aunque à dezir la verdad , su empleo mas familiar , y mas

agradable era, el de sus rigurosas penitencias, y el uso casi continuo de tratar con Dios en la Oración, como veremos por extenso en su lugar.

S. XLII.

Pero así por el desconsuelo del alma, como por esta nueva forma de vivir, sin aquella agitación, y exercicio corporal en que avia vivido, y que por tantos años avia acostumbrado tener en sus Misiones, después de algun tiempo, se cargó de humores pesados, y opuestos, que le ocasionaron vna grave, y prolija enfermedad, que poco à poco le traxo à los extremos, y le quitó totalmente la vida. En el mes, pues, de Julio de mil seiscientos y noventa y quatro le acometió vna gran flaqueza de estomago, con gran copia, y dolor de orina, vna grande amargura de boca, con gran sed, e incapacidad, con grande haitio à la comida; y aunque aplicó luego la caridad de los Superiores los remedios oportunos; pero era muy poco lo que aprovechava todo el arte con sus medicinas. Juzgo, por tanto, el Medico, que se probasse, si la mudança de temple le podia ser de mas provecho; y pareció, que mas saludable que otro qualquiera, sería el temperamento de Tivoli, donde con licencia del Papa, y del Cardenal Sumo Penitenciario, se fue casi à mediado de Septiembre, y moró allí en nuestro Colegio, hasta el fin de Octubre.

Buelto ya à Roma, se reparó, que venia hinchado, con vn color macilento, con mucha dificultad en la respiracion, y con notable debecimiento de fuerças, por lo qual se repitieron con mas cuydado los medicamentos, aunque dieron muy poca esperança de poder vencer la obstinacion del mal, que ya se avia reconcentrado en las venas, y penetrado, y aun viciado la sangre. Entonces nuestros Superiores, advirtiendo el grave riesgo que avia de perder tan presto vn sugeto de tanta importancia, no satisfechos del parecer de vn Medico, llamaron à consulta algunos de los principales de Roma. Pero el Padre Señeri, que nunca hizo caso, ni tuvo torbradas ansias en solicitar eliquitos remedios para sus indisposiciones, y tanto mas se despreciava à si mismo, quanto se veia mas apreciado de todos los demás, se resistió mucho; rehusando con humildes ruegos, el que se vñasen con el aquellas extraordinarias diligencias; ni obstante, le fue forçoso ceder à la voluntad de quien con autoridad de Superior caritativo disponia lo que se

avia

avia de executar, y como ya entrava el invierno, determinaron los Medicos, que fuesse à morar por algunos dias en Albano, y de allí passasse después à Netuno, para gozar el beneficio de aquel temple suave, y natural. Obtenidas, como se ha dicho poco ha, las devidas licencias, el principal cuydado que tuvo, fue luego el de la Santa Missa: Acudió, por tanto, al Eminentísimo Señor Cardenal Albani, Secretario entonces de Breves, rogando que à causa de su enfermedad, le alcançasse del Papa, facultad de celebrar, y hazer celebrar en vn Oratorio privado de casa; pero hizo esta instancia con mil limitaciones, y protestas, y con vna profundísima humildad; declarando, que si la petición pareciese à su Eminencia algo excelsiva, de ninguna manera se la concediese, porque antes elegia vivir sin el consuelo de celebrar, aunque lo deseava sumamente. Su Santidad, el qual avia siempre tenido, y mostrado vna cuydadosa sollicitud de la salud del Padre, y de su consuelo, y hasta lo ultimo profiguido, en dar varias expresiones de su benevolencia, y amor, le otorgó benignamente quanto pedia, y de vna manera muy singular; porque fue sin despacho de Breve, segun la costumbre ordinaria de la Corte Romana; antes aviendo entendido, que queria el Padre, antes de partir de Roma, ir à besarle el pie, le embió à ofrecer la silla de Palacio, para que fuesse con menos trabajo, como tambien le avia hecho ofrecer, litera de las que servian à su propia familia, para llevarle à Albano.

S. XLIII.

ENtre tanto, que el Padre Señeri, se disponia para este viage, le llamó Dios para otro mas feliz, que fue el del Cielo. A los siete de Diciembre, descubrió de repente toda su malignidad la dolencia, y empezó el enfermo à padecer vómitos, desmayos, y sobre todo, algunos movimientos convulsivos de pecho, que duraron vn dia entero, con atrocísimos dolores; y à mi parecer, fue esta la vltima prueba, con que quiso Dios acrisolar aquella alma tan agradable à su Divina Magestad. Los Padres de casa, que le veian desfallecer poco à poco, tuvieron por bien de darle el aviso de la muerte. Avia notado el Padre el modo con que se le avian de dar, quando al principio de la enfermedad, escribió por memoria del enfermero, en vn libro de la en-

E 3

feg

fermeria, las siguientes palabras: *Formula, con la qual dareis el aviso de la muerte al Padre N. N. Ea, alogrefe Padre mio: Ya llegò la hora, en que no ofenderà mas à Dios.* De esta manera el Padre Señeri, que por vn fin tan noble deseava la muerte, y en vn Sermon entero de su Quaresma, avia enseñado el modo, como se ha de recibir de las manos de Dios esta fatal sentencia. Luego que recibió el aviso, bolviendo piadosamente al Cielo sus ojos, sin turbacion alguna, pronunciò con rostro alegre, aquellas generosas palabras de nuestro Salvador: *Calicem quem dedit mihi Pater, non vi, vt bibam illum?* La mañana siguiente, dia de la Concepcion Inmaculada, recibió por devocion en la cama, en honor de la Virgen Santissima, la Comunion, y se ofreció todo à sí mismo, en holocausto à la Divina Voluntad. Passado despues el medio dia, se le aumentaron con exceso los dolores, y conociendo él, que se moria, pidió el Santo Viatico; pero como avia Comulgado pocas horas antes, no se juzgó conveniente el darselo: Privado, pues, de este Celestial consuelo suplia, el Padre su falta con devotísimos afectos, los quales, aunque procurava, segun su costumbre, tenerlos siempre escondidos en lo intimo de su coraçon, no le fue con todo posible reprimirlos de fuerte, que algunos dellos no saliesen à la lengua en afectuosas voces; y entre las Oraciones jaculatorias, que le se oyeron, fue singularmente aquella: *Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus eius in ore meo.* Y repetia muchas vezes: *semper, semper, semper,* y esto con tal ternura, que excitó vn devoto llanto en todos los que estavan presentes. Con el mismo fervor se le oyó pronunciar aquella otra aspiracion: *Abyssus abyssum invocat: Abyssus miseria invocat abyssum misericordia;* segun la explicacion del Señor San Bernardo.

§. XLIV.

EN este tiempo, el Padre Felix Bernabey, Compañero del Padre Señeri, fue de prisa à dar parte al Sumo Pontifice, del estado del enfermo. Dióle luego su Santidad audiencia, y le preguntó varias cosas en particular; y oyendo, que no avia alguna esperança de vida: *O quanto nos pesa, dixo: o quanto nos pesa! El era vn Varon Santo: Era vn Angel, era vn Angel.* Y ordenó al Padre, que le llevase en su nombre su Bendiccion Pontificia, la qual

qual recibió el moribundo con particular gusto, y alegria de su espíritu. El Eminentísimo Señor Cardenal Albani, aora Sumo Pontifice Clemente XI. que fue siempre, desde su tierna edad, muy amante del Padre Señeri, y muchas vezes se avia dignado de visitarle en el tiempo de la enfermedad; entendiendo, que ya estava en lo ultimo, quiso ir à despedirle del, y encomendarle à sus Oraciones. Luego que su Eminencia se le puso delante, el Padre, con vna admirable libertad de espíritu, hablando de su muerte, como si fuesse passar à vn lugar de recreo: *Señor Cardenal, dixo, el otro dia fue nuestra plastica, acerca del viage de Albano, y Netuno; aora tengo de bazer otro viage, y me encaminò à la otra vida. Me manda algo V. Eminencia? Que es lo que puedo yo bazer, para servirle en el otro mundo? Quedo muy edificado aquel sabio Principe, de que el Padre se acaecasse con tanta tranquilidad à aquel passo, en que aun los Varones mas Santos suelen desmayar: y segun su piedad; le rogó el Señor Cardenal no mas que estoyar que le alcanzasse de Dios el perdon de sus culpas, y de cumplir bien con las graves obligaciones de su estado.*

Al dia siguiente, nueve de Diciembre, reparando los Padres, que estava mucho mas farto de fuerças, y como atolondrado con vna gran propension à dormir, que à semejança de letargo le optimia, le dieron el Olio Santo; y dentro de poco tiempo, casi despertando de aquel grave sueño, le preguntaron, si queria recibir el Santo Viatico? Y el Padre Señeri, que no deseava otra cola, con voz remissa, pero toda espíritu respondió: *Dios, Dios, dadme à mi Dios.* Y despues de averle recibido; se quedó en profundo silencio, à gozar entre los braços de su Dios, las delicias anticipadas del Parayso. Por todo aquel dia estuvo su aposento lleno de diversos Religiosos; así nuestros, como de fuera, de Cavalleros, y Prelados, los quales quanto más se deleytava en contemplar los afectos de aquel coraçon; y la suavidad de aquel rostro, otro tanto se dolian de ver morir à vn Varon, que era tan digno de vivir para siempre.

Pérdida ya totalmente el habla, y quedandose por algunas horas; en vna dulce agonía; al anochecer dió con grande suavidad, y dulçura, aquel espíritu caritativo; fervoroso, humilde, mortificado, zeloso, y penitente; en manos de aquel Señor, que para tanta gloria suya, y bien de tantas almas se avia criado; y fue como piadosamente confiamos; à resplandecer en el Cielo; como vna Estrella de primera magnitud; segun el oraculo del Profeta Daniel: *Qui ad iustitiam erudunt multos, fulgebunt quasi Stella.*

le in perpetua aternitates. Aconteció su feliz tránsito , en el día nueve de Diziembre, dentro de la Octava de la Concepcion Inmaculada, y así en el fin de la Octava de San Francisco Xavier, queriendo aun en esto favorecerle la Soberana Reyna de los Angeles, y el Grande Apóstol de las Indias, su singularísimo Patron; Maestro, y Exempiar, de quien copió tan admirables virtudes. Murió en la Casa de nuestro Noviciado de Roma, en edad de setenta años, catorze de los quales, gassó en el siglo, y cinquenta y seis vivió en la Compañia. Fue de cuerpo proporcionado, y lleno, y de aspecto magestuoso, de complexion sanguinea, robusto de fuerças, dulce, y amable de natural, de espíritus vivos, y generosos, de ingenio perspicaz, y de profundo juicio, con que parecia formado de la naturaleza, para cosas grandes, y se sirvió Dios de tal instrumento, para empresas no ordinarias de su Divino servicio, como ya en parte se ha visto.

Muerto que fue, no es creíble, quan bello, y alegre quedó su rostro, señal manifesto, de la gloria que gozava en el Cielo su dichosa alma. Todos los que rodeavan su cama, parece no sabian apartarse de el contorno, porque no solo no causava horror, como los demás cadaveres, sino antes movia à una ternísima devocion, y à espiritual consuelo. Por la tarde del día siguiente, se expuso en la Iglesia para las exequias, acudieron à ella muchos señores, y algunos Prelados, à mas del grande numero de los nuestros, entre los quales quiso hallarse presente, acompañado de sus Padres Asistentes, Nuestro R. P. General Thyrsio Gonzalez, el qual, con Religioso exemplo de Paternal caridad, avia ido el día antecedente à encomendarle el alma, y avian prorumpido en grandes elogios de los relevantes merecimientos de tan calificado Hijo.

(X)(X)

☞ (S) (S) (S) ☞

☞

§. XLV.

Concluidas las exequias, se boltió luego el cadaver à la Sacrificia, para dár lugar à los Pintores, que estavan aguardando para sacar su retrato. Finalmente, despues de aver satisfecho à la piedad de los que querian besar sus sagradas manos, fue decentemente enterrado en la sepultura de los Novicios; y aunque esto se hizo, porque estava impedida la sepultura de los Sacerdotes, con todo esto, es de creer, que así lo dispuso Dios, por vn genero de mayor consuelo de aquella alma Bienaventurada, que era ver descansar su cuerpo, en medio de aquellos Angeles de primer fervor, y de mas florida inocencia. Pues así, como el Sol, quando se eclipsa, trae à si con mas admiracion los ojos del mundo, de la misma manera, despues de la muerte del Padre Señeri, eclipsado este Sol, empezó à ser conocido, y reverenciado, mucho mas que quando vivia.

Muchísimos, y aun personajes grandes, pedian alguna cosa suya, y algunos dellos engastavan estas mismas prandas en plata, como preciosas Reliquias. De todas partes se hazian instancias, para tener individuales noticias, y saber mas por menor las señaladas acciones del Padre, y aquella carta, y abreviada por succincta relacion, que escribió el Padre Pinamonti, fue preciso cambiarla por toda Europa. Personas de todos estados protestan, que frecuentemente le invocan en sus Oraciones privadas, y refieren algunas gracias alcanzadas de Dios, por medio de su intercepcion. Diversos Pueblos, donde el Padre avia predicado, le celebraron despues de su muerte, con honras solemnes. Diose à la imprenta su Imagen, y fueron muchos los retratos que se facieron al vivo.

Entre los demás, el gran Duque de Toscana, luego que recibió el aviso, para su Alteza dolorosísimo, de la muerte del Padre Señeri, ordenó à sus Ministros de Roma, que le embiasen à Florencia su Imagen, sacada al vivo quanto fuese posible, y esta la puso en las estancias mas interiores de su nobilísimo retrete, para tener siempre, como su Alteza mismo escribió, adelante de los ojos, à quien tenia gravapo en el coraçon: Antes, para imprimir mas vivamente la mejor Imagen del Padre, en el alma tambien de sus Consejeros, y Secretarios, mandó, que se leyera en vna Junta de todos ellos, aquella breve relacion, que al principio se escribió de su vida.

§. XLVI.

§. XLVI.

Por la brevedad, que se pretende en este Compendio, es preciso omitir mucho, y todo aquello que podria aqui añadirle de las gloriosas memorias, tocantes à este gran Siervo del Señor; pero no puedo dexar de dar, para comun edificación, alguna breve noticia de sus insignes virtudes, que son las que califican, y acreditan la verdadera Santidad. Y la que se me ofrece en primer lugar, como Reyna de todas las demás, es su encendida caridad para con Dios. Muy bien entendia el Padre Señeri, de quanto valor fuese esta virtud; pues en vno de aquellos papeles, que ya tenemos arriba citados, con no menor afecto, que ingenio, nos dexó vn escrito, de esta forma.

De dos maneras, dize, se fuele limpiar vn campo silvestre, y lleno de malezas, vna es, tomar en mano la hoz, y ir cortando poco à poco las espinas, y malas yervas; la otra es, pegarle fuego; y esta segunda es, sin comparacion, no solo mas facil, sino tambien mas vtil, porque el terreno, de este modo abrafado, se buelve mucho mas fecundo, segun lo que dize el Poeta: *Sepè etiam steriles incendere profuit agros*. Lo mismo acontece en nuestra alma: Por medio de varias virtudes, se pueden ir poco à poco desarrayando vno por vno los vicios; pero esta es obra que pide largo tiempo, mucho trabajo, y es de menor fruto. Peguefe, pues, al coraçon vn grande fuego de Amor de Dios, y este fuego Divino, obra con tanta actividad, que en vn momento consigue lo que no se conseguiera por otro medio, sino con gran trabajo, y no menor fatiga, y además de purgar el coraçon, lo haze admirablemente fecundo. Por esta razon he sentido en mi alma, vn fervoroso deseo, de que Dios arroje del Cielo este fuego, sobre mi coraçon; porque no tengo yo con que encenderlo por mi mismo.

Otra vez suplica al Señor, con afectos verdaderamente seraficos, que le conceda su Santo Amor, y dize: Dios mio, es verdad, yo os he ofendido, os he ultrajado, os he abandonado, y tanto tiempo ha que no he hecho caso de Vos: Tomad, pues, vengança de mi, aqui està mi coraçon, herido, y traspasado por todas partes; pero con las flechas de vuestro Divino Amor, para que, à lo menos por fuerza; quiera todo aquel bien, que con-

conviene à vuestra gloria. Otra vengança, Amor mio, no os es posible en este tiempo, que es tiempo de piedad, y no de justicia. Y poco despues: Vos sois todo para mi amabilissimo, todo dulçura, y todo suavidad; pues como yo os he tratado peor que si fuesdes el mas cruel hombre del mundo! Bolved, Señor, à vengaros: Hazed, que mi coraçon herido con la muerte de amor, se conmueva, y aya de conffesar à gritos, à violencias de vn grande ardor, y de vna gran dulçura, que he errado muy mucho.

§. XLVII.

EL amar à Dios, y el servirle con espíritu de verdad, fue siempre el blanco de todos sus anhelos, de todas sus ansias, y deseos; y así, lo declaró en vna carta à vno de los nuestros, en la qual dize: *Padre mio muy querido, otra cosa, por cierto no ay sino el servir à Dios, abrasearse de su Santo Amor, y hazer su Santissima Voluntad, en todas las cosas, con igual gusto. Todo lo demás, no es sino mentira*. La mayor pena que tenia el Padre Señeri, era, parecerle que no amava à Dios, y no hazia por su Magestad, lo que aprehendia estava obligado à hazer. Por tanto, escribiendo à vn amigo suyo. *Confieso*, dize, *de verdad, que esta sola es mi amargura; no aver podido hasta aora dar à Dios vna, aun muy pequeña, señal de verdadero Amor; porque yo no sé, si le amo, por lo que él es en si, ó por lo que él es para nosotros en sus dones, y beneficios*. Sin embargo, sabemos, que la caridad del Padre Pablo, estava tan desnuda de todo interés, que llegó à dezir: *No amava él à su alma, por ser cosa suya, sino por ser cosa de Dios*. Ay tambien quien atrevida a verle oido dezir: *Que aun quando huviese creído avia de ser condenado para siempre à los Infiernos, por esso dexaria de obrar todo lo que posible fuese, à gloria de su Señor*. Gran afecto de encendida caridad.

—

—

§.